

De la competencia a la economía planificada

Jorge Marsá

En los últimos tiempos las noticias sobre las fusiones de grandes empresas se repiten con asiduidad en los medios de comunicación. Suelen destacarse los considerables beneficios que las economías de escala proporcionarán a las empresas y, sobre todo, la necesidad de que su tamaño crezca para poder ser competitivas en el nuevo mercado global.

Hoy en día todo se resume en la competitividad empresarial. Pero dado que, según el diccionario, competitividad quiere decir "capacidad de competir", en realidad, nos encontramos ante un viejo asunto: los parabienes del capitalismo provienen de la conversión de los vicios privados en virtudes públicas como resultado de la competencia entre las empresas. Toda la economía neoclásica y su simplista traducción neoliberal se basan en las ventajas de la competencia de las empresas en el mercado. Durante toda la vida nos han intentado convencer de sus infinitas bondades, mientras las empresas trataban, lógicamente, de evitarla; pues la competencia es uno de los aspectos que limita las

ganancias de la empresa capitalista. No es de extrañar, por tanto, el generalizado intento de las grandes empresas por convertirse en monopolio, por acabar con la competencia.

Ese intento de monopolizar el mercado suele concretarse hoy en fusiones y adquisiciones que eliminan a competidores significativos. Puede, entonces, llegar un momento –y llega– en el que el mercado se lo reparten unas pocas empresas de tamaño gigantesco, ninguna de las cuales tiene interés en competir; tampoco en eliminar a las otras, pues se haría demasiado evidente la situación de monopolio.

En la llamada 'nueva economía' –el futuro, dicen– podemos encontrar numerosos ejemplos. ¿Puede decirse que el sector informático se desenvuelve en un mercado competitivo cuando una sola empresa domina el 80% de los sistemas operativos que hacen funcionar un microordenador? Tampoco podrán defenderse, en este caso, las virtudes públicas de los vicios privados, pues casi todo el mundo sabe que el sistema operativo triunfante, el *Windows*, es de mucha peor calidad que otros con los que en principio competía.

Pero tras encender el ordenador, lo que la mayoría de los usuarios hace con él es escribir, es decir, utilizar un procesador de textos. Aquí el mercado, tras las pertinentes fusiones, se reparte casi exclusivamente entre dos empresas: más del 80% para el *Word* de Microsoft y más del 10% para el declinante *WordPerfect* de Corel. En este mercado la competencia empresarial brilla por su ausencia.

Las empresas tratan de evitar la competencia, pues es uno de los aspectos que limita sus ganancias

En USA algunos hablan ya de la 'muerte de la competencia' como resultado del proceso de grandes fusiones y adquisiciones empresariales

Y los resultados son que la informática continúa funcionando de pena: los programas permiten hacer miles de cosas que los usuarios no necesitan para nada, resultan excesivamente complicados para las cuestiones básicas que todo el mundo realiza, y se quedan *colgados* a nada que los mire uno un poco mal.

El segundo pilar básico de esa 'nueva economía' son las telecomunicaciones: los gobiernos han liberalizado y dividido el sector para que a continuación las empresas se dediquen a fusionarse o absorberse con el objetivo de no tener que competir. Llamar mercado competitivo al que nos proporciona el teléfono es un chiste que, cuando cada dos meses pagamos la factura, resulta de mal gusto. Tan malo como sufrir esa nueva maravilla que es internet cuando te da tiempo a echar una cabezadita entre página y página.

Y la tercera columna de la 'economía de la información' la encontramos cada vez más en el ámbito de la biotecnología. Aquí tres cuartos de lo mismo: hemos asistido durante los años noventa a una concentración empresarial sin precedentes en los sectores químico y farmacéutico que ha hecho posible que la ingeniería genética sea cuestión de apenas diez empresas en todo el mundo.

Claro que en la 'vieja economía', la que se mueve con petróleo, el proceso es el mismo: acérquese a una gasolinera y compruebe cómo las grandes empresas petroleras han logrado evitar la competencia, pactando los precios y repartiéndose el mercado. Vaya a otra: obtendrá la misma gasolina y al mismo precio.

En consecuencia, los medios de comunicación deberían cambiar la cantinela y notificar, cada vez que informen sobre una fusión empresarial, que la competencia del mercado ha vuelto a ser coartada, en lugar de tratarnos como idiotas, anunciándonos el incremento de la competencia como consecuencia de la defunción de los competidores. De hecho, en Estados Unidos algunos hablan ya de la 'muerte de la competencia' para referirse a las secuelas del proceso de grandes fusiones y adquisiciones empresariales de la década pasada.

Mientras los gobiernos desregulan la economía capitalista para mayor gloria de las grandes empresas, éstas tratan de abrir una vía para superar el capitalismo y abrazar la antes denostada economía planificada. Pues no otra cosa sería una economía en la que los sectores económicos claves se encuentran en unas pocas manos que se han repartido el mercado y que, por lo tanto, planifican la inversión y el futuro de la economía. Eso sí, a su conveniencia, es decir, una planificación económica bastante centralizada, pero muy privada, sin los inconvenientes y las rémoras que se generan al tener que atender a las necesidades del bien común.

Ahora puede entender usted lo que significa 'el mundo al revés': los Bill Gates de este planeta tratando de recordar a Stalin, mientras los rojos hacen lo propio con Adam Smith, intentando insuflar vida a la utopía de la competencia en el mercado.